

# LA IRRESISTIBLE CAIDA DE LA IZQUIERDA

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

A los cinco años de la desaparición biológica del anterior jefe del Estado, se cumplen exactamente en este mismo mes de noviembre, la izquierda española atraviesa una grave enfermedad sociopolítica que los más agoreros califican de agónica. No es la derecha quien ha enfermado durante la transición, hubiese sido lo lógico, puesto que fue el soporte de la dictadura hasta sus últimos años, sino que son socialistas y comunistas los tocados de ala por este proceso democratizador. Es un hecho que ya nadie oculta. Hasta los órganos oficiales u oficiosos de los dos partidos señalan que la izquierda está mal y que su situación empeora, cuando hasta hace muy poco ejercer un comentario crítico en esa dirección equivalía a ser un agente de una u otra potencia para los entonces entusiastas defensores y apologistas de sus respectivas líneas oficialistas.

El parte médico es tan escueto como rotundo: socialistas y comunistas están enfermos en lo político por la inexistencia de una línea después del fracaso de la política de concentración y de la alternativa de poder; en lo económico, por la ausencia de una alternativa socioeconómica propia; en lo ideológico, por la carencia de un sistema de valores y de principios; en lo orgánico, por la paulatina desintegración y división de sus organizaciones y, en lo social, por una defraudación al tejido social del país, que se concreta en una doble crisis de militancia y electorado.

Mientras tanto, la derecha muestra claramente una línea política, alternativa económica, hegemonía ideológica (ahí está como muestra, el homenaje generalizado a la figura de Ortega y Gasset sin que desde ningún lado de la izquierda haya habido una pluma que le sitúe desde esta perspectiva), la recomposición orgánica (elección democrática del portavoz de UCD en el Congreso de los Diputados) y afianzamiento social a través del propio partido gubernamental o de los partidos nacionalistas periféricos.

El diagnóstico trata de ser explicado por la minoría inasequible al desaliento o asequeable a las prebendas burocráticas de ambos partidos, con la coartada del reformismo y de la recesión económica. Al igual que en la derecha hay quienes explican el deterioro y la crisis económica sólo en

función del problema energético, en la izquierda hay todavía quienes intentan justificar la actual situación solamente en base a que no hubo ruptura o a los alarmantes índices socioeconómicos. Esta visión unilateral, que se da tanto en el PSOE como en el PCE, no abarca la responsabilidad de ambas organizaciones en la doble victoria de la derecha, y lógicamente doble derrota de la izquierda, en la doble salida política y económica de la dictadura: la versión tosca del compromiso histórico, por parte de los comunistas, y la adaptación carpetobetonada de la socialdemocracia por los socialistas.

CUANDO los historiadores analicen las vicisitudes del proceso reformista, cuyo primer intento fue abortado por la unidad de la izquierda y otras fuerzas democráticas en 1976, tendrán muy en cuenta lo acaecido en la primera mitad del año 1977: Porque la conexión que se produce entonces entre Adolfo Suárez y Santiago Carrillo, sobre la base de la legalización del PCE, va a determinar el triunfo total de una salida reformista que no acababa de consolidarse y marcará lamentablemente la evolución del proceso hasta finales de 1978.

Durante casi dos años, en un hábil juego por parte del presidente del Gobierno y en uno pésimo y torpe por parte del secretario general del PCE, esta relación será utilizada por el Gobierno para presionar a los socialistas hacia posiciones más conciliatorias y recortar las pretensiones del primer partido de la oposición. Las expectativas electorales del PSOE, tras los resultados del 15 de junio de 1977, empujaban a este partido a ser, en ese momento, una punta de lanza de las reivindicaciones democráticas. El «sandwich» en el que fue introducido no tardó en dar sus frutos para el Gobierno.

La motivación del PCE, y sería injusto señalar la exclusiva responsabilidad de Santiago Carrillo y de sus «viejos», olvidando que era compartida por Nicolás Sartorius, Pilar Bravo y tantos otros jóvenes cuadros, estaba en sondear las posibilidades de calcar en España la política del compromiso histórico italiano. Sería cruel ahora reproducir declaraciones y artículos de toda la Prensa comunista de entonces, mucho más la ofensiva en

manos de los «jóvenes» que la oficial en manos de los «viejos», sobre el supuesto carácter antimonopolista de Unión de Centro Democrático o la dimensión histórica de los Pactos de la Moncloa.

LOGRADA la salida política el Gobierno, que hasta entonces había postergado los asuntos socioeconómicos en función del proceso reformista, enfocó la salida económica operando un viraje de 180° en su política de alianzas: al igual que los comunistas habían servido para hacer pasar el reformismo político, los socialistas iban a servir para hacer presentable el proyecto socioeconómico que tenían en mano.

El desfonde electoral del PSOE en 1979, que eliminaba por completo todas sus posibilidades de ser alternativa del poder, provocaba un bandazo a la diestra en su seno que el presidente del Gobierno supo utilizar con tanta habilidad como ya había hecho gala con el PCE. Ya no se trataba de escuchar el disco de la política de concentración mientras los comunistas le ayudaban en sus fines, ahora tocaba el turno a la melodía del Gobierno de coalición, mientras los socialistas apoyaban leyes como el Estatuto de los Trabajadores o firmaban acuerdos económicos y sociales.

El triple hecho de que el PSOE tenía muchísimas más fuerzas que el PCE, de que la legislación social requería un tiempo considerablemente menor que el proceso constituyente, y que la crisis económica se agravaba, determinó el que en un periodo muy corto Adolfo Suárez y Felipe González se devolviesen las cartas y compromisos contraidos, entrando en una abierta confrontación que culminaría en la doble votación de las mociones de censura y confianza. La diferencia entre el PSOE y el PCE, después de constatar cómo habían sido utilizados, estaba en que el primero disponía de capacidad para responder políticamente y el segundo no.

Pero la manipulación no era menor. La motivación socialista, y aquí sí que existe un sector del Partido Socialista que tiene las manos limpias, residía en intentar calcar la socialdemocracia de los países nórdicos o centroeuropeos. Sería igualmente cruel reproducir los análisis y esquemas de la dirección socialista sobre el papel socialdemócrata de UCD o el destino histórico de Francisco Fernández Ordóñez.

LOGICAMENTE no hubo ni habrá, en el horizonte más próximo, Gobierno de concentración como no hubo ni tampoco habrá Gobierno de coalición. Ni si-

quiera los servicios prestados han aminorado el despliegue anticomunista del Gobierno o su ya pública decisión de ayudar a sindicatos como USO, frente a sindicatos como UGT. La derecha, que ha triunfado ampliamente, barre en todas las direcciones.

Incluso el reflejo sindical de esta versión tosca del compromiso histórico o de la adaptación carpetobetonica de la socialdemocracia ha dañado seriamente a CC.OO, que pasó de la moderación en los Pactos de la Moncloa a la radicalización en relación con el acuerdo marco; y a UGT, que hizo el camino inverso al pasar de la demagogia durante los Pactos a la conciliación total con el acuerdo marco. Tras el fracaso de ambas estrategias, uno y otro sindicato carecen de una línea sindical y política: el no de CC.OO al acuerdo marco, que algunos de sus dirigentes lo enuncian con la boca pequeña, no se sustenta sobre una alternativa; y el sí de UGT, que también algunos de sus dirigentes entonan casi con la boca cerrada, no se concreta en una perspectiva viable, como es fácil constatar tras la última intervención de Leopoldo Calvo Sotelo en el Congreso de los Diputados a mediados de septiembre.

Todo ello hace que tanto el PSOE como el PCE se asemejen a esas cajas de muñecas rusas que al irse abriendo van apareciendo sucesivamente nuevas muñecas idénticas. Crisis tras crisis van surgiendo en ambos partidos, que empiezan a vivir un intenso debate político entre sus distintas corrientes políticas. No se enfrentan jóvenes contra viejos o polemizan profesionales contra obreros. Hay tantos bisoños como veteranos, trabajadores como intelectuales, que son responsables de lo que sucede, como de la misma manera hay viejos y jóvenes, obreros y profesionales que no comparten tal responsabilidad. El intento del toscocomunismo y de la carpeto-socialdemocracia no nace de una división generacional o social, sino de una diferencia política entre quienes lo creían posible, a pesar de que ya en Europa tanto el compromiso histórico original como la socialdemocracia genuina están bloqueados, y quienes lo consideraban ilusorio en nuestro país, máxime en la forma caricaturesca y prematura en que se presentaba. Debate incipiente que tendrá un final imprevisible. Es lo que suele ocurrir cuando uno tropieza con la realidad. Aquí no hay Palacio de Invierno que asaltar pero tampoco Bundestag o Cámara de los Comunes que ocupar, ni Madrid ha sido el escenario nunca de política «gatoparda», porque jamás en nuestra historia han existido Príncipes de Salinas con los que pactar que todo cambie para que todo siga igual. ■ F.L.A.

Noviembre 1980

**JULIO:** ¡A LAS ARTILLAS!  
¡A LAS ARTILLAS!  
¡QUE LLEGAN  
LOS RUSOS!



**AGOSTO:** ¡A LAS ARTILLAS!  
¡A LAS ARTILLAS!  
¡QUE LLEGAN  
LOS RUSOS!



**SEPTIEMBRE:** ¡MAS ARTILLAS!  
¡MAS ARTILLAS!  
¡QUE LLEGAN  
LOS RUSOS!



**OCTUBRE:**  
¡MAS MISILES!  
¡MAS BOMBAS!  
¡QUE LLEGAN  
LOS RUSOS!

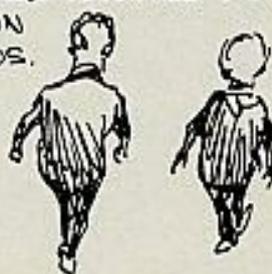


**VISPERA ELECTORAL:**  
¡LOS RUSOS! ¡LOS RUSOS!  
¡QUE LLEGAN LOS RUSOS!



**DIA DE LAS ELECCIONES + 1:**

VALE, SE HAN  
IDO LOS RUSOS.



© 1980 FEIFFER 10-26